

La argentinidad “al palo”: Las representaciones de jóvenes argentinos sobre la historia reciente, del Golpe al Cacerolazo

Por Miriam Kriger

Miriam Kriger es Doctora en Ciencias Sociales (FLACSO), docente investigadora de la Carrera de Comunicación Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), e investigadora del equipo del Dr. Mario Carretero (UAM/UBA/FLACSO). Es directora de los cursos de formación virtual de posgrado en ciencias sociales del CAICYT-CONICET, y secretaria académica del curso de posgrado en la Enseñanza de las Ciencias Sociales, de FLACSO-virtual). También se desempeña como profesora de la Maestría en Psicología Cognitiva y Aprendizaje (FLACSO-UAM), y de la Especialización de Constructivismo y Educación (FLACSO-Argentina).

Publicó libros y diversos artículos sobre la temática de construcción identitaria y de la enseñanza de la historia en relación con la formación de la identidad nacional. Se doctoró en noviembre del 2007, ante FLACSO Argentina y su tesis expone una investigación empírica sobre las relaciones entre Identidad, Historia y Proyecto en las representaciones de la nación de los jóvenes argentinos en el contexto posterior a 2001.

Resumen

Este trabajo es parte de los resultados obtenidos a partir de un trabajo de campo realizado con jóvenes que se socializaron en democracia y que vivenciaron los acontecimientos políticos y económicos de fines de 2001.

El eje de indagación tiene que ver con las representaciones del pasado histórico reciente, con especial atención en los modos en que tal pasado está siendo percibido, valorado, imaginado y convertido en parte de la propia historia y del propio futuro, por jóvenes argentinos en el presente.

Abstract

This article is part of the results obtained from scientific work developed by young people who socialized in democracy and who experienced the political and economic events at the end of 2001.

The basis of the investigation is related to the representations of the recent historical past, with special attention to the ways in which such past is being perceived, valued, imagined and considered as part of the history of the future, by young argentiniens at present.

Palabras Clave: *jóvenes-política-historia-educación*

1. Introducción

En este artículo presentaré y analizaré narrativas de jóvenes sobre la historia reciente, desde una perspectiva que no toma como objeto el pasado mismo sino sus representaciones, enfocándose en los modos en que tal pasado está siendo percibido, valorado, imaginado, y convertido en parte de la propia historia y del propio futuro, por jóvenes argentinos en el presente. Se tratará entonces de acercarnos a la mirada de algunos miembros de una generación nacida en democracia; que cursó la escuela primaria entre el indulto y el fin de siglo (acaso la época más crítica que ha conocido el país, pero sin ninguna duda la más crítica que ha conocido el sistema educativo nacional); que a la iniciática edad de 14 años transitó la particular experiencia de deconstrucción del proyecto común y el “desamarre” de la trama social que culminó con el “cacerolazo” de 2001, y que recorrió en gran medida la llamada “salida del infierno” (Kirchner, en diferentes discursos desde 2002 a 2008) al ritmo de “la argentinidad al palo” (Bersuit, 2004).

Para ser más específica: les presentaré a continuación hallazgos parciales de un estudio empírico realizado entre 2005 y 2006, que formó parte de mi investigación de tesis doctoral (FLACSO, 2007)¹, sobre las representaciones del pasado, presente y futuro de la nación de jóvenes argentinos de 18 años de edad, egresados del sistema escolar en 2004 y alumnos del CBC (Ciclo Básico Común, UBA)². Ellos son en principio, sujetos provistos de todas las herramientas consideradas oficialmente necesarias para convertirse en ciudadanos, pero además podemos decir que son los exponentes más positivos del sistema educativo público de su generación (que lograron: a) permanecer en el sistema, b) egresar exitosamente de él, c) entrar luego al CBC, en una suerte de reingreso que renueve el crédito de la promesa pedagógica).

Antes de comenzar, sin embargo, considero necesario que nos detengamos brevemente en

una cuestión que marca la diferencia entre la problemática que el pasado reciente plantea al cientista social –especialmente al historiador– y la que plantea a quien estudia las representaciones de los jóvenes sobre él. Me refiero a que mientras que para los primeros el carácter cercano –demasiado familiar aún, demasiado propio, demasiado actual– de ese pasado dificulta la posibilidad de objetivarlo y genera un alto riesgo de “usos incorrectos” (Habermas, 1986)³; para los segundos esa condición no es ni siquiera percibida como tal. Tanto en mis investigaciones sobre jóvenes argentinos de hoy, como en otros estudios y también en las experiencias que me narran a menudo los docentes, encuentro que eso que los adultos llamamos el pasado “reciente” de nuestro país, suele ser para esta nueva generación de argentinos algo bastante lejano, ajeno, difícil de comprender y, más aún, de vincular de un modo consciente y significativo con su propia vida.

De modo tal que, cuando nos metemos en este campo, acaso lo primero que advertimos es que es innecesario generar ningún dispositivo de distanciamiento, sino, por el contrario, que nuestros mayores esfuerzos deberán dedicarse a interpretar, analizar y comprender ese distanciamiento que ya existe y que caracteriza las representaciones de los jóvenes, en particular en lo referido a la dictadura militar.

Me imagino que muchos de ustedes se estarán preguntando si acaso no es propio de esta edad el hecho de percibir como muy lejano cualquier suceso que vaya más allá de los últimos diez años. Sin embargo, en término cognitivos tal idea no puede fundamentarse: si bien sabemos que la comprensión del tiempo histórico y cronológico es una adquisición evolutiva, producto del desarrollo genético y cultural es esperable que ya haya sido alcanzada o lograda bastante antes de la edad de nuestros entrevistados, teniendo en cuenta que han completado su escolaridad y han cursado ocho años de enseñanza (curricular)⁴ de Historia.

1 Tesis doctoral presentada ante FLACSO Argentina (2007): “Historia, identidad y proyecto. Un estudio de las representaciones de jóvenes argentinos sobre su nación”, dirigida por Mario Carretero, Calificación máxima. Disponible en línea: <www.flacso.org.ar>.

2 El CBC es el primer año de todas las carreras de la Universidad de Buenos Aires y fue creado en 1985 reemplazando al examen de ingreso, como una instancia niveladora y de acceso libre a todos los egresados de la escuela media del país.

3 Esta cuestión de los “usos” prendió fuertemente en el debate historiográfico tanto como en el público, comenzando con la intervención del propio Habermas en 1997, que evocó este término para defender la obra del historiador D. Goldhagen sobre “los verdugos voluntarios de Hitler” –la cual demuestra el conocimiento y la participación consciente que tenía gran parte de la población alemana en las políticas nazis de exterminio– considerándolo como ejemplo de un “correcto uso público de la historia”, de un “legítimo uso público de la historia” (del discurso *laudatio* a la obra de Goldhagen por motivo de la concesión de un importante premio, pronunciado por Habermas y citado por Carreras y Forcadell, 2003).

4 Si habláramos en sentido amplio, incluyendo la formación ritual ligada a objetivos identitarios, hablaríamos de doce años o, incluso, de quince (incorporando a la escuela inicial).

Si a ello agregamos el hecho de que pertenecen a la generación de algo así como el *history boom*, que consumen bulímicamente todo producto que tome por tema el pasado fundacional decimonónico (desde los libros de Pigna al programa del “Gen Argentino” de Pergolini) y que se identifican e idealizan fuertemente las figuras de San Martín o Belgrano, pero no manifiestan ningún interés parecido por la historia de la generación que los precede⁵; entonces el distanciamiento con el cual perciben a la historia reciente se nos empieza a revelar como crucial y acaso sintomático. Entre otras implicancias, ello indicaría que estos jóvenes, tan bien dispuestos a rescatar la “herencia” del pasado histórico, no estarían en cambio en las mismas condiciones para recibir el “legado” de la generación que los precede. Hay allí un corte en la transmisión, que configura un verdadero escotoma en la visión del pasado, es decir: una zona de ceguera parcial o, para decirlo en términos de Sacks: “un agujero en la memoria y la mente, un agujero en el mundo” (Sacks, 1996).

Voy a presentar entonces el análisis de fragmentos selectos de las narrativas de los jóvenes que he entrevistado y que forman parte, como ya dije, de una investigación más amplia de la cual participaron 365 alumnos del CBC⁶. El propósito será comprender los modos en que sus representaciones hacen presente a la historia reciente, definida para ellos entre dos hitos contundentes: el Golpe y el Cacerolazo.

2. La argentinidad como epifanía

A partir de aquí intentaremos dar cuenta de la potencialidad que posee la historia reciente como emergente de la identidad nacional. Veremos cómo ciertas experiencias relativas a dos de sus hitos centrales —el Golpe y el Cacerolazo— aparecen resignificadas en los relatos de vida de algunos jóvenes como revelándoles nexos sustanciales —y acaso esen-

ciales— entre su identidad y biografía/destino personal y la identidad e historia/destino de la nación. Hemos caracterizado a este tipo de relato como “epifanía”, adoptando el uso del término que propone Denzin (1989, citado por Kornblit, 2004) para referirse a sucesos o vivencias que son interpretadas como verdaderas revelaciones que dejan marcas en las vidas de las personas, pero “cuyos significados están dados siempre retrospectivamente, en la medida en que son reexaminados a posteriori” (23).

Las narrativas que presentaremos surgieron en el marco de una indagación más amplia orientada a detectar cuáles son los significantes centrales que interpelan a los jóvenes en tanto que “argentinos”. Uno de los recursos utilizados para ello consistió en pedirles que nos contaran cuándo se sintieron argentinos “por primera vez”. De este modo, los inducimos a condensar todo un largo proceso de identificación en un sólo momento, que se postularía retrospectivamente en el relato como inflexión o viraje (Clausen, 1996) de su vida, marcando un “salto de identidad” que habría generado en ellos la sensación de haber cambiado el modo de verse a sí mismos a partir de él (aunque ello no implica necesariamente que en el plano real su vida haya tomado una dirección diferente).

A continuación, entonces, vamos a analizar fragmentos de las entrevistas a Julia, Nora, Leo y Martín, que tienen en común el haberse sentido argentinos por “primera vez” en experiencias muy recientes de su propia historia: la marcha por los 25 años del golpe militar (2001) y los sucesos de diciembre de 2001, en Buenos Aires. Por supuesto que los entrevistados admiten haber tenido oportunidades previas de sentirse y saberse argentinos (fundamentalmente, a través de la escuela y de los mundiales de fútbol); sin embargo, las nuevas experiencias a las que aluden parecen eclipsar cualquier otra vivencia previa en este sentido. Por lo tanto, podría decirse que la identidad nacional no aparece para ellos como una condición dada, porque si bien se revela co-

5 Valdría hacer una salvedad respecto del Che Guevara, sin embargo al indagar esta figura encontramos que poca relación tiene con el acervo nacional argentino, y en cambio se inscribe en un imaginario latinoamericano romántico, con escaso o nulo clivaje en las luchas que encaró.

6 La investigación tuvo dos fases: cuantitativa y cualitativa. La primera consistió en un estudio sobre una muestra probabilística de 365 alumnos, a quienes aplicamos un cuestionario escrito. En la segunda fase, tomando como punto de partida el análisis de la primera, profundizamos las problemáticas más cruciales y sumamos elementos para su comprensión.

mo un destino, debe ser elegida conscientemente como tal. De modo que lo que encontramos en las "epifanías" es una concepción teleológica de la nacionalidad, pero que incorpora el ideal de libertad individual: el destino no se impone sin más, precisa que los sujetos lo acepten y confirmen.

Presentaremos estos casos en dos secciones: una primera titulada "Aparición" y una segunda titulada "Visiones". Esta última estará dividida a su vez en tres subsecciones: "Ver I", "Ver II" y "Ver III".

3. La aparición

Vamos a empezar con el relato de Julia, que elige como momento fundacional de su identidad una especial "llegada" a su vida, facilitada por una tía y que relata como una verdadera epifanía: la aparición de los desaparecidos.

–Entrevistadora: **¿Recordás cuándo te sentiste argentina por primera vez?**

–Julia: En la marcha del 24 de marzo.

–E.: **¿Podés describirme la situación?**

–J.: Fui con una tía, marchamos; creo que era para los 25 años del Golpe. Nos quedamos en la Plaza y me empezó a mostrar cómo llegaban todas las columnas y las banderas de los treinta mil desaparecidos. Y fue muy fuerte.

Julia participa pasivamente de la marcha –"marchamos", "nos quedamos", "me empezó a mostrar"– y su relato no es el de un encuentro sino el de una revelación: "cómo llegaban las columnas y banderas de los treinta mil desaparecidos".

Dice descubrirlos a "ellos" y los descubre, paso a paso, hasta integrarlos en la primera persona –"todos los que estábamos ahí"–: manifestantes, desaparecidos, su tía y ella misma adquieren presencia en un mismo momento: aparecen.

–E.: **¿Te resultó fuerte por razones familiares?**

–J.: Por todo, por eso y por querer empezar a entender y saber qué pasó; quiénes son ellos, qué tienen que ver conmigo.

–E.: **"Ellos"..., ¿quiénes?**

–J.: Todos lo que estábamos ahí. Siempre eran como ideas o pensamiento que me llegaban por noticias, me llegaban de afuera, no de la familia. Sin saberlo, en esta cuestión adolescente, había cositas a las que yo adhería sin saber por qué.

"Ellos" llegaban de "afuera, no de la familia" y el descubrimiento de la identidad nacional se presenta como una salida "muy fuerte" del grupo primario familiar, como una caída del velo que cubría su mundo hasta entonces y un descubrimiento de su "verdadero" mundo. De aquello a lo que de algún modo Julia siempre había pertenecido, pero había recibido indicios que ahora reinterpreta: "cositas a las que yo adhería sin saber por qué" (todo el relato tiene un tono esencialista, vinculado sin dudas al carácter mismo de la epifanía como revelación).

El relato de Julia reproduce en escala micro la gestión de la memoria social de la dictadura en su contexto de vida, y que parece acompañar la gestión de su propia memoria biográfica:

–J.: Claro, principalmente mi viejo siendo peruano y producto de una gran educación, es un patriarcado; mi vieja siempre adhirió y tiene esa cosa de contener.

–E.: **¿Y esta tía?**

–J.: Esta tía Ana y este tío Ernesto, que es hermano de mi viejo, son militantes y fueron militantes.

–E.: **¿Tenían cierta controversia con él?**

–J.: Sí, mi tío fue "chupado"...

–E.: **Ah, o sea que vos estabas yendo con tíos que participaron de eso. Y este relato de tus tíos desaparecidos, dentro de la familia ¿no estaba?**

–J.: No.

–E.: **¿Ellos cuándo te lo cuentan?**

–J.: De grande. El discurso para mí de él, era el del "tío loco" y de hecho así me quedó desde niña. Él, después que lo largaron, fue un tiempo a mi casa de Asunción; nosotras éramos re pequeñas y la

sensación desde esa “visión chiquita” era la del tío loco; tío loco porque después estuvo internado...

Julia confronta la autoridad del padre, su origen y su “gran educación”, con la legitimidad de los excluidos de la familia (“el tío loco”), y al mismo tiempo confronta la historia oficial con las historias subalternas; pero queda claro que no es en la marcha misma donde descubre el secreto familiar –se lo habían contado “de grande”– sino que es allí, frente a “las columnas y banderas de los desaparecidos que llegan” donde esta cobra significación. Allí este secreto se transforma y se revela para ella como su “verdad”. La marcha –como el peregrinaje– es entonces el escenario de una performance iniciática: porque allí se produce, ceremonialmente, la ruptura con lo familiar y la salida al mundo: la comunión entre su identidad personal y su identidad nacional.

4. La visión

Tengo la impresión de que este distanciamiento en el cual ciudadanía y política se vertebran en la dialéctica de “enemigos íntimos” tiene un importante punto de apoyo en la falta de comprensión histórica de las luchas políticas de los setenta, cuya interpretación se ve intervenida por sesgos de tipo fundamentalmente moral. Como consecuencia de ello se produce una marcada indiferenciación entre pasado y presente y entre sujetos históricos y políticos. Antes de introducirnos de lleno con las epifanías de 2001, veamos brevemente un ejemplo de ello:

–J.: A los políticos no les creo. Yo ni me meto porque parece que todo lo hacen por dinero. Más que todo, cuando le di importancia a la política lo dije por lo que son los movimientos...

–E.: **¿Pero para vos eso no es política?**

–J.: Sí, pero eso va por el dolor de las madres y abuelas. Va por lo político porque todo lo que sucedió en esos años fue todo político.

–E.: **¿Diferenciarías entonces la política de la lucha política?**

–J.: Para mí la política es lo que maneja todo para un país, pero en este país la política es muy mentirosa: son los partidos, los dirigentes...

–E.: **Entiendo: a esos no le creés pero ¿a quiénes sí les creés?**

–J.: A la gente que lucha por la llamada “seguridad del país”, que son toda gente que ha sufrido.

–E.: **¿A quiénes mencionarías?**

–J.: Bueno ahora está Blumberg⁷, pero dicen que está metido mucho en política; pero a “Las madres”, a toda esa gente que se junta porque a sus hijos los han secuestrado o matado, esa gente también me interesa.

Para Julia, “la política” toma como punto de partida la falta (de seguridad, de justicia) y la ausencia (los desaparecidos, los muertos). Ni siquiera se conforma en la lucha en que los sujetos desaparecen, son secuestrados o muertos, sino en la lucha de sus madres una vez que el crimen se ha consumado. “La política”, entonces, debería para ella acotarse al reclamo de “seguridad”, un término clave si tenemos en cuenta que la llamada “Doctrina de Seguridad Nacional” constituyó el fundamento teórico de la dictadura militar. Creo que el uso de este término por parte de la entrevistada expresa la confusión en la que se apoya la fusión que ella hace con muy diferentes sujetos históricos, dando lugar a un único sujeto suprahistórico: “los que sufren”, “los que perdieron a sus hijos”, que se emparentan con “los de abajo”.

Estamos, en suma, frente a una comprensión aberrante del pasado que inhabilita el desarrollo de una mirada política. Se indistinguen las diferencias entre la violencia del estado criminal de la dictadura –vertebrada precisamente en la Doctrina de la Seguridad Nacional– y la violencia producida por los delincuentes en tiempos de democracia, que genera “inseguridad”. Tampoco se discrimina suficientemente entre la demanda contra la represión que

7 Juan Carlos Blumberg es un personaje emblemático que ha ingresado en la escena pública a partir del secuestro y la muerte de su hijo, en el año 2002, canalizando en su reclamo por justicia y seguridad una demanda presente en gran parte de la ciudadanía, sobre todo en Buenos Aires. En 2004 casi 300.000 personas asistieron a la marcha convocada por él en memoria de su hijo Axel y, desde entonces su presencia en el mundo político se ha vuelto tan clave como polémica. En general, los jóvenes expresan los términos más salientes de la misma como una disyuntiva: la validación del padre que lucha por la memoria y la justicia, o la crítica del padre que utiliza la muerte de su hijo para ingresar en la política. Esta disyuntiva expresa en sí misma la fuerte contraposición entre la representación de la ciudadanía y la política y su desarticulación en términos morales: supone que “hacer política” es interesado y espurio, mientras que “construir ciudadanía” es desinteresado y legítimo, pero que ambas son inconciliables, pertenecen a dos mundos diferentes: “los de arriba” y “los de abajo”, de modo tal que la desgracia de las víctimas no puede ni debe canalizarse políticamente, sino ciudadanamente, lejos del poder. Esta disyuntiva adquiere una particular intensidad en este caso, dado que Blumberg es un empresario, ligado por pertenencia de clase a “los de arriba” y al espectro derechista de la política, pero asociado a “los de abajo” en tanto víctima que desafía al Estado y al gobierno y encuentra mayor adherencia y apoyo, precisamente, en las clases medias.

viene del estado en tiempos de dictadura y la demanda de represión hacia el estado de fin de siglo.

Además, se genera una des-investigación del carácter histórico-político de los sujetos que protagonizan el pasado y el presente, en la medida en que se piensa a la historia y a la política como dimensiones excluyentes entre sí: a “las Madres” de Plaza de Mayo se las considera históricas y no políticas⁸, mientras que a Blumberg se lo saca de la historia porque “se mete” en política.

Hay por lo tanto dos acepciones de la política en juego en las representaciones de la entrevistada: la ideal, que designa lo moral y la real, que designa lo inmoral. A una se la llama “histórica” y a la otra “política”. Una es la del dolor y la otra la de las luchas, pensadas solo en la clave de una violencia que se condena a priori (contra históricamente). Sin embargo, ambas acepciones representan la imposibilidad de lo que enuncian, dado que historia y política se interconstituyen y pierden todo su sentido al ser dissociadas (toda historia es política y viceversa y además todo sujeto político presupone una densidad histórica, en la cual hacen clivaje las luchas/demandas/reivindicaciones del presente).

La representación de la “buena” política presupone un sujeto único, homogéneo y unidimensional: las víctimas, que sufren el dolor de haber perdido a sus hijos y en ese dolor quedan igualadas, que efectivizan una demanda moral y finalmente, que son tan legítimamente bien-políticos que no se “meten” en política, sino que permanecen como son y donde están (lejos de historizarse, se anquilosan).

Les propongo regresar entonces, tras este breve pero necesario desvío, a las epifanías que tienen por tema ya no el Golpe de Estado, protagonizado por “los de arriba”, sino el Cacerolazo, protagonizado por “los de abajo”.

Tomaremos tres casos: “Ver I”, centrado en el relato de Nora para quien 2001 significó “despertar y ver el otro lado de la gente”; “Ver II”, sobre el relato de Leo, para quien este hito se configura como

un momento de visión plena de “la verdad de los argentinos”, y “Ver III”, en la narración de Martín, que no sitúa la visión reveladora en un acontecimiento tan puntual, sino en un proceso.

-Ver I

Comenzamos con Nora, que fue nuestra primera entrevistada que mencionó espontáneamente “el 2001”, diciendo que fue lo que le “hizo más recordar...” su identidad, como si se tratara de algo olvidado y repentinamente desocultado.

–Entrevistadora: **¿Cuál es tu primer recuerdo, la primera situación en la que vos te sentiste o supiste que eras argentina?**

–Nora: Yo creo que lo que pasó en el 2001 es lo que me hizo más recordar, porque en el 2001 yo tenía 14 y ver todos los hechos que pasaron es como que uno tenía ganas de salir y manifestarse y ponerse de ese lado de la gente.

“Lo que pasó” se configura en su relato como un despertar, abrir los ojos y “ver todos los hechos que pasaron”, porque efectivamente Nora no se involucra en esos hechos –como lo indica también el uso impersonal del lenguaje– aunque “uno tenía ganas de salir y manifestarse y ponerse de ese lado de la gente” y toma desde el comienzo la posición de una testigo interesada, que quiere ser parte de la historia pero no puede participar plenamente de los hechos que pasan, no puede pasar más que discursivamente a “ese lado de la gente”.

–E.: **Cacerolazos... A ver, hagamos de cuenta que yo soy de Marte y vos me contás lo que pasó en el 2001.**

–N.: Bueno, resulta que... el país estaba mal...y muchas personas dijeron: vamos a tratar de hacer un cambio. Bueno, entonces se dio el famoso cacerolazo donde el presidente tuvo que renunciar, a partir de todo esto hubo un montón de sucesos que no estuvieron muy buenos, pero bueno, en general ese es un error nuestro, que tenemos formas de manifestarnos que no son las mejores, pero bueno,

8 En otro momento de la entrevista Julia dice, refiriéndose a “Madres” y “Abuelas”: “Sí, esos movimientos son históricos” y en el fragmento que analizamos aquí comienza diciendo que dice político cuando habla de las Madres, porque en esos años todo era político, como un atributo que refiere en última instancia a lo histórico.

son las que llaman la atención y quizás de esa manera. Uno lo que intenta a veces es llamar la atención: 'Hola... escúchame...'. Bueno, hay veces que hay cosas que no se piensan, pero bueno, quizás si no hubiese pasado todo lo que pasó capaz que tampoco se iba a recordar tanto el 19 y 20 de diciembre del 2001.

Nora hace una crónica de lo "que pasó", en cuyo comienzo notamos el uso de un estilo infantil, que nos recuerda las narrativas de los niños sobre las fechas patrias, especialmente las de la Revolución de Mayo de 1810, en las cuales los hechos históricos suelen quedar reducidos a un mero acto de habla, donde "los patriotas" dialogan, se ponen de acuerdo y, finalmente, anuncian la libertad desde el balcón del Cabildo. Como ellos, Nora dice: "El país estaba mal y muchas personas dijeron: Vamos a tratar de hacer un cambio, y bueno, entonces...". En segundo lugar, hace un uso impersonal de sujetos y verbos –"muchas personas", "se dio", "hubo"–, hasta el momento en que, a partir de lo que parece ser un reconocimiento de métodos ilícitos pero necesarios, Nora asume la primera persona plural inclusiva: "ese es un error nuestro, que tenemos formas de manifestarnos que no son las mejores, pero bueno...".

A partir de ahí, la entrevistada pasa discursivamente a formar parte de "el otro lado de la gente": asume una forma de ser y una culpa común, luego las justifica porque se trata de "simples llamados de atención" (y repite esta idea, como reproduciendo la insistencia de la gente y la falta de respuesta), luego las legitima (cuando dice: "bueno, hay veces que hay cosas que no se piensan") y finalmente defiende estos hechos que han hecho historia y la han hecho a ella parte de la misma.

Si bien Nora ha sido capaz, metafóricamente, de "atravesar el espejo" como Alicia, para ir más allá del terreno marcado por lo que parece ser un fuerte imperativo de distinción (no mezclarse) que la obliga a no manifestarse en actos populares

(¿"no meterse"?), resulta evidente que lo hace con mucha inseguridad ("quizás", "capaz") aunque en otro plano está convencida ("tanto"): "quizás si no hubiese pasado todo lo que pasó, capaz que tampoco se iba a recordar tanto el 19 y 20 de diciembre del 2001". Sin embargo, el imperativo moral está presente, tanto que Julia no puede enunciar lo real en que se funda y sólo alude a "los sucesos", "cosas que no se piensan", "todo lo que pasó".

Nótese que cada vez que el relato está por pasar a la acción se interrumpe, en general con un "pero bueno", que es en sí una fórmula contradictoria, un oxímoron que sirve tanto para justificar lo que se condena como para no ir más allá de la justificación misma. Expresa el conflicto y de inmediato lo contiene, no lo deja estallar: el "pero" da cuenta de la disconformidad, la disyuntiva y el "bueno", de la conformidad, el acuerdo, la conjunción (el momento de mayor clímax, donde Nora más se compromete y está casi en la acción misma, en que casi atraviesa el espejo por completo, es precisamente el que es antecedido por un "bueno" prescindiendo del "pero", confirmando acuerdo con lo anterior: su desacuerdo con el imperativo y su acuerdo interior, impulso que no llega a convertir en acto, con la gente de ese otro lado).

–E.: **A ver, vamos entonces, el 2001 es un momento en el que pasan cosas, ¿cómo llamarías a los que "llaman la atención": la gente?**

–N: El pueblo. El pueblo necesita llamar la atención de los políticos y hacen cosas. Está bien la idea que tienen pero está mal la forma de expresarse.

Intentamos saber cómo se percibe "ese otro lado" una vez cruzado el umbral: allí significativamente la gente deviene pueblo, se constituye identitariamente y se confirma –repetidamente– como agente social, que no "llama la atención" en el vacío sino en un campo con posiciones definidas y "necesidades" particulares, desde el cual se interpela a otros sujetos sociales: "los políticos". Y además el pueblo "hace cosas", "cosas" que parecen

marcar el límite del lenguaje. Lo real no se enuncia, Nora no puede decir qué “cosas” hacen, pero en ese punto toma distancia, interpone un juicio moral y asume nuevamente la tercera persona: “Está bien la idea que tienen pero está mal la forma de expresarse...”.

–E.: **Bueno, a vos que tenías 14 años, en tu vida personal, ¿por qué esto te pegó tanto?**

–N.: ¿Por qué me pegó a mí? Bueno, la economía de mi casa también. Claro, como familia argentina no estuve afuera de eso, si bien no estuve en la Plaza de Mayo, pero en mi casa también. Bueno hubo un montón de efectos dominó, además justo fue cerca de mi fiesta de quince, así que afectó ciertas cosas.

–E.: **¿Y vos saliste a la calle con tu familia?**

–N.: A manifestarme, no.

–E.: **¿Y vos viste con tu familia lo que pasaba en la calle?**

–N.: Sí...

–E.: **¿Y tu familia lo apoyaba?**

–N.: De nuevo, apoyaban la idea pero no la forma de manifestarse, los saqueos, todo eso no.

Finalmente ingresamos al terreno personal: no hablamos de “lo que pasó” sino de lo que le pasó a ella y de cómo explica la profunda significación de 2001 en su vida. En los hechos: a ella “le pegó”, a su familia le afectó la economía. Aunque sólo vio, sin “manifestarse”, Nora no se siente espectadora sino testigo y parte. Finalmente, es a través de su familia que se nombra lo innombrable, el significado que detona el conflicto moral no resuelto: “los saqueos”, que condenan moralmente.

–E.: **¿Y por qué creés que esto precisamente te hace sentir argentina?**

–N.: ¿Sabés por qué? Porque siento que si nosotros nos unimos, si todos tiramos para un mismo lado, se pueden hacer cosas, repito, hubo cosas que no estuvieron bien, pero bueno. A partir de ese momento es como que empecé a entender un montón de otras cosas y empecé a relacionarlo

más con la historia, con un montón de cosas que pasaron.

En suma, al cumplir 15 años Nora se queda sin el regalo esperado; pero esta pérdida es interpretada por ella con un viso sacrificial, es como una ofrenda que le permite cruzar el umbral al mundo externo, social, más allá de las puertas familiares: “A partir de ese momento es como que empecé a entender un montón de otras cosas y empecé a relacionarlo más con la historia [...] me empecé a interesar más”.

Es notable cómo todas las acciones, buenas o malas, justificadas o condenadas, son nombradas indistintamente como “hacer cosas”. Lo sustancial aparece como indiferenciado moralmente, precisamente cuando ella intenta escurrirse del corsé moral. La diferenciación sólo se aplica a la alteridad, identificada positivamente con la novedad del aprendizaje: “otras cosas”, “un montón de otras cosas” (nuevas) que la hacen ingresar a ella misma en la Historia.

Hacen entrada al mundo de Nora otros referentes adultos de legitimación, portadores de miradas disciplinares críticas (profesores de historia y sociología, etcétera) pero controladas y contenidas en el ámbito escolar y en la práctica intelectual, que suponemos pueden conciliarse aún con los valores familiares y el interdicto a la participación activa –no mezclarse y no meterse– parece seguir vigente.

–E.: **¿Y qué te generaba a vos esa comprensión?**

–N.: No sé, porque empecé a entender un par de cosas y empecé a irle a preguntar a mis profesores de historia, a mis profesores de sociología, me empecé a interesar más.

–E.: **Te empezaste a interesar más, pero además vos le agregás a este interés una decisión de ser argentina en este momento, en el peor momento.**

–N.: Sí.

–E.: **¿Por qué, entonces?**

–N.: Y porque creo que uno conoce a la gente de verdad, se conoce a uno mismo en los peores momentos. Es fácil decir uno es argentino cuando tenemos un país re bien, uno va por el mundo diciendo “yo soy argentino, ahh qué bueno” pero también está bueno decir “yo soy argentino” cuando el país no está bien. Es fácil ser un país como Estados Unidos y ser nacionalista. ¿Qué problema habría?

–E.: **Este es el momento en el que vos decís... ahora que esto está para la miécoles, yo elijo ser argentina.**

–N.: Y... Yo me quedo acá. Y no me voy a España.

Nora lleva primero su experiencia de 2001 al plano intelectual, a “la cultura” distanciada aún de la acción directa y de la política, restringida por el imperativo moral. La ruptura con lo instituido “de arriba” –mediante la alteración del orden en los saqueos y manifestaciones– no llega mucho más abajo, porque no puede enfrentar aún lo instituido familiar (que en su caso, es muy cercano a lo oficial). Pero esos sucesos producen en ella transformaciones en los modos de percibir y comprender lo social, básicamente habilitan una comprensión más crítica de lo social, producida por la vivencia de un acercamiento inolvidable (que la marca: “me hizo más recordar”), un descubrimiento de “lo nuestro” a partir del contacto con “los otros” que antes no formaban parte de su “nosotros”: “la gente”, “el pueblo”. Se produce un momento de identificación y un conflicto con sus valores familiares que dan lugar, desde el punto de vista cognitivo, al comienzo de un proceso de aprendizaje, aunque todavía se muestra limitado moralmente y no se transforma en acto.

En resumen, si bien ella logra atravesar el espejo momentáneamente, el deseo de participación, de poner el cuerpo y formar parte activa, no puede realizarse. Se desplaza primero al campo intelectual, donde tampoco llega a resolverse y es canali-

zado finalmente en el sentimental, donde deviene en identificación ideal: se convierte en nacionalismo. Este sentimiento es legitimado precisamente por el valor del esfuerzo, por la capacidad para resistir las dificultades y tener “aguante”: ser argentino es difícil, en cambio ser norteamericano es fácil.

En ese momento de la entrevista notamos un cambio de registro, que parece deslizarse al plano de la acción, pero ésta rápidamente es convertida en un acto de identificación, cuyo punto de partida es la renuncia a la salvación personal y a otro destino posible (supuestamente menos duro: “Y no me voy a España”). Sentirse parte es, finalmente, tomar la decisión de estar (quedarse) frente a la de no estar (irse): “Yo me quedo acá”.

-Ver II

Vamos a pasar ahora al relato de Leo, para quien “el 2001” también se configura como un momento de visión total de “la verdad” de “los argentinos”: lo que son y lo que tienen. “Ser argentino” se revela entonces en su riqueza –sus muchas facetas, sus “muchas cosas”– que convergen en la capacidad insospechada hasta entonces por el entrevistado, de reclamar y defender lo propio, de un modo vehementemente, cacerola en mano y tomando la calle.

Es interesante cuando luego nos dice: “La pucha, qué difícil es ser argentino”, porque con esta expresión parecer estar eclipsando léxicamente toda posible primacía referencial del discurso, para entrar de lleno –sin mediaciones, sin distancia– a la función expresiva del lenguaje y presentar el dilema existencial del “ser argentino” (casi a ritmo de tango).

Decir “la pucha” es más que dar prueba de pertenencia: es performar/actuar (*to play*) la pertenencia –encarnarla en el lenguaje– y lo que sigue, más que una reflexión crítica es la afirmación incondicional de su identidad. Es por eso que la mentada dificultad de “ser argentino” no se presenta como un conflicto sino como dilema, trágico por definición: aquello que no tiene solución y a lo que no se pue-

de escapar. Muy cercano a la idea de destino, este dilema podría configurar tanto una condena como un desafío, pero en ambos casos lo cierto es que no hay fuga posible. No se puede escapar a otra identidad –a un “ser” menos difícil– y sólo queda enfrentar –luchando o sufriendo pero siendo– aquello que “se es”, acaso fatalmente.

–Entrevistadora: **Entonces ¿qué es ser argentino?**

–Leo: No lo quiero generalizar, pero capaz que ser argentino es defender lo que es tuyo, lo siento muy así. A partir de eso me vuelco hacia la historia y pienso que muchas cosas pasaron en la Argentina por defender todo, lo que un grupo de personas que quisieron imponer; siempre una idea. Y fue el rumbo de la historia, un modelo económico que duró casi un siglo, son cosas que se van imponiendo y no dejan otra opción. Ser argentino es ser capaz de imponer, a veces, lo nuestro.

De modo que Leo descubre, a partir de una visión que lo marca, que lo hace salir de su casa a la calle, que ser argentino es “defender lo que es tuyo”. Este es el punto cero en que lo coloca la epifanía en tanto “revelación”: que él describe como un sentimiento que lo vuelca a la historia –no a la acción política ni social–. Esto, como a Nora, le genera primeramente un conflicto cognitivo, porque lo que sabía hasta ese momento no servía, no alcanzaba para poder interpretar el presente. Y también un conflicto identitario, porque siente la fuerte necesidad de comprender y saber quién es.

La historia aparece entonces como la primera vía de esta exploración identitaria y lo que encuentra nuestro entrevistado es: a) que el llamado “rumbo de la historia” es el resultado de la acción de “grupos de personas” (el rumbo de los agentes, no de las leyes de la historia); b) que esta historia, así vista, está plagada de autoritarismo, que “un grupo de personas” “siempre” quiso imponer “una idea”, sin dejar “otra opción”; c) que esa “idea” se materializó en los intereses que constituyeron un “modelo

económico” que se impuso durante “casi un siglo”; d) que en esa historia la política no tiene lugar: el desacuerdo se reduce a imposición y no hay diferencias entre los agentes: todos “imponen cosas”.

Pero lo que no encuentra Leo –como tampoco Nora– es cómo nombrar lo real que acontece y que no puede ser dicho: las “muchas cosas” que “pasaron por defender todo” y las “cosas que se imponen sin dejar otra opción”. Nótese además que estos dos tipos de cosas no son de un mismo signo y que tampoco es muy clara la diferencia en los modos de actuar de los diversos participantes: todos quieren “imponer” sus “cosas”, tanto ellos, el grupo de personas que impuso el modelo (suponemos que los grupos de poder), como nosotros (suponemos que ciudadanos a quienes se impuso el modelo) que tratamos de imponer lo nuestro.

Queda claro que hay lucha y amenaza de totalitarismo y que la epifanía anuncia la posibilidad de una inversión en el turno del poder que redefine ese “rumbo de la historia”. Queda claro que en el mismo relato toma forma la significación colectiva de la identidad argentina: Leo comienza diciendo que “ser argentino es defender lo que es tuyo” y termina reformulando (y especificando también el sentido y alcance mismo de la defensa, que trataremos luego) en primera persona plural inclusiva: “Ser argentino es tratar de imponer a veces lo nuestro”.

No queda claro, en cambio, qué “muchas cosas pasaron” –en el pasado, en la historia– en Argentina “por querer defender todo”, pero suponemos que, lo que sea, tendrá relación con el hecho de que ellos –“un grupo de personas”– quisieron imponer “siempre una idea” y que lo lograron durante casi un siglo. Frente a lo cual, “ser argentino” es para Leo hoy, después de haberse “volcado” a una historia decididamente violenta e irresuelta, defender con prudencia “lo nuestro”, desde una posición que podemos presuponer restringida por una interpretación moralista y poco histórica del pasado re-

ciente, teniendo en cuenta la conflictiva enseñanza escolar al respecto y las luchas de una memoria social en gestión.

Leo parece atravesado por lo indecible, que no lo llega a detener pero lo ralentiza, y que creemos puede tener relación con lo que Jelin y Lorenz (2004) y Lorenz (2006) describen como la interpretación emblemática de la represión a los jóvenes recibida por los alumnos del secundario a partir de los ochenta, que enfatiza la perversidad moral de los crímenes y la inocencia de las víctimas pero pasa por alto la discusión de la situación histórica y política que los hizo posibles. El horror que evocan los relatos de la represión –principalmente a través del film *La noche de los lápices*– es un elemento clave que genera la empatía de los alumnos con las jóvenes víctimas, pero que al no ser resuelto mediante su puesta en contexto, termina siendo más un elemento paralizante que un estímulo al compromiso o al interés (2004).

El año 2001 se configura en este sentido y para Leo, como un momento que lo sacude de la parálisis, que lo re-habilita y abre su interés, su deseo genuino, de “imponer lo nuestro”; aunque tras su visita al pasado se maneje con suma cautela y matice el entusiasmo que la “visión” de 2001 había generado originariamente en él. Propone entonces “tratar” –y “a veces”– de imponer “lo nuestro”; una fórmula que parece resignar la ambición a favor de la viabilidad, que no desafía en extremo pero que tensa los límites históricamente impuestos al juego político, que no enfrenta la realidad con la prepotencia de consignas como “seamos realistas: hagamos lo imposible”, sino con la potencia amedrentada y el “debido respeto” de la consigna más local según la cual “la única verdad es la realidad”. Parece lo más sensato, considerando que tantas “cosas pasaron” sin que aún hayan podido tramitarse en una memoria histórica de la sociedad.

Interpretamos que las “muchas cosas que pasaron por querer defender todo” pertenecen al orden

de las cosas que Leo espera que no se repitan, y que son un eufemismo de la violencia política, que no distingue aquí formas particulares ni diferencias entre quienes defienden y quienes imponen. Parece ser que para Leo la violencia se define no por el signo de las ideas, sino por su relación con el totalitarismo: “las cosas” –la violencia política– se asocian a los significantes “todo” y “siempre” y evitar la violencia política –“las cosas que pasaron”– implicaría moderar la imposición, despojándola de su carácter totalizador: “tratar de imponer a veces (cuando se pueda, sin violencia, a lo sumo con carcerolas) lo nuestro”.

-Ver III

El último relato en esta clave es muy breve. Es el de Martín, que no sitúa su visión reveladora en un acontecimiento tan puntual, sino en un proceso. No es a partir del hito de 2001 sino a lo largo de la agudización de la crisis cuando él empieza a “ver” lo que cree que los otros no ven, lo que él mismo no veía antes de crecer, antes de “adquirir conocimientos”, y que en sus propias palabras define como “ver cómo viene la mano”.

–Entrevistadora: **¿Vos recordás cuándo te sentiste argentino por primera vez?**

–Martín: A los 15 años, cuando todo el mundo hablaba de que EE.UU. era “Uhhh, Estados Unidos” y a Argentina todo el mundo lo tiraba abajo; en ese momento uno captaba pocas cosas, no sabía toda la historia. Cuando uno va creciendo y adquiriendo conocimientos.

–E.: **¿Qué año era?**

–M.: 2001, 2002.

–E.: **Contáme cómo fue eso de sentirse argentino.**

–M.: Claro, como todos tiraban para abajo... Y yo digo: “Bueno, en algún momento tiene que salir, esto tampoco puede ser tan así”. Después uno empieza a ver por dónde venía la mano: los políticos son un desastre, no sé, para mí son los políticos.

En el relato de Martín hay dos agentes: “todo el mundo” y “uno”. El primero designa, como una sola figura, a la sociedad argentina y a todas las voces/testigos externos incorporadas (el mundo que mira a los argentinos y en cuya mirada los argentinos se ven, se encuentran y se fusionan). “Todo el mundo” es un sujeto único que resulta de la homogeneización de las diferencias sociales y políticas de los sujetos, totalizados por compartir una misma actitud: valorar a EE.UU. y “tirar abajo” a la Argentina.

La segunda figura es la de Martín –“uno”– el héroe solitario que “capta” la verdad intuitivamente antes de saberla, antes de crecer y “adquirir conocimientos”. Aquí empieza entonces su epifanía singular, donde la revelación le descubre a sí mismo viendo lo que todos los demás no ven: en primer lugar, que la crisis no es un conflicto interno sino un conflicto donde hay un “otro” antagónico, en referencia a cuya posición se define el “nosotros” (EE.UU. arriba/Argentina abajo) y en segundo lugar, que la disputa se resuelve en el campo de lo simbólico de apuesta y no en uno material de la lucha, en la interpretación valorativa y no en otra acción, porque es la confianza de los apostadores la que determina quién va para abajo y quién para arriba.

Es decir: no son EE.UU. ni Argentina los que se levantan o se caen, sino “todo el mundo” y “uno” los que los valorizan o los “tiran abajo”. De modo tal que Martín desplaza el conflicto al plano metapragmático del discurso social o –metafóricamente– redefine el escenario y pasamos de la competencia deportiva a la bolsa de valores. En esta disposición él se configura como héroe solitario –siguiendo con la metáfora: como accionista solitario– que resiste la presión de “todo el mundo” y confía en Argentina (aún en baja), que se dice que “tiene que salir” y cree en lo que “capta” (intuiciones y sentimientos) ya antes de crecer y “saber toda la historia”, y que logra mantener una posición individual

–tal vez otra modalidad del “aguante”– frente a todos, porque está convencido internamente de que “no puede ser tan así”.

Es “después” de confirmar su confianza, muy probablemente fundada en hacer valer “el orgullo”, que el relato de Martín introduce el viraje. Este se produce en el momento en que tras recurrir a la historia –aunque da muy pocas señas de su visita por el pasado– regresa con una verdad: “uno empieza a ver por dónde venía la mano: los políticos son un desastre”.

El *suspense* del caso argentino es finalmente resuelto por nuestro entrevistado que, aunque sin fundamento histórico explícito, realiza una aseveración moralmente concluyente: lo que pasa es que la Argentina no es el desastre, los políticos son el desastre (de este modo, la salvación es posible pero a costa de la política, la solución estaría decididamente ligada a la reivindicación de la consigna del “Que se vayan todos”).

“No sé” –dice de inmediato– dejando traslucir una duda entre tanta certidumbre (más dirigida a templar el tono que a minimizar la contundencia de la sentencia), y pasando a un registro más subjetivo. “No sé” es como una breve muestra de humana debilidad por parte de Martín, antes de tomar coraje y hacer lo que corresponde a un héroe solitario: enunciar la verdad descubierta, por dura que sea. Martín reafirma: “Para mí, son los políticos”.

5. *Discusión*

Hemos analizado casos donde la pregunta acerca de “la primera vez que te sentiste argentino” generó un relato donde se evoca un momento de viraje reciente en la vida de los entrevistados, que transforma a un mismo tiempo su percepción de sí y del mundo social y redefinen los amarres entre la identidad subjetiva y la colectiva. En efecto: queremos hacer notar que en los cuatro casos, esa “primera vez” no remite a la experiencia más temprana

sino a la que se considera como más significativa como resultado de la reconstrucción hecha a posteriori por los sujetos y que configura su propia historización. Se trata de un momento percibido como de revelación y confirmación consciente de aquella identidad nacional encarnada en las experiencias de socialización temprana (preponderantemente escolares). Un momento que coincide, además, con la etapa de iniciación en la adultez (14 y 15 años de edad) y que toma por tema un hito de la historia reciente de la nación, configurando una suerte de *in-sight* cognitivo y emocional.

Hablamos de “aparición” en el relato de Julia porque tomamos como núcleo del mismo la llegada de las columnas y banderas de “los desaparecidos”, a la marcha del 24 de marzo de 2001. Ellos vienen, para la entrevistada, a integrar sus historias en la Historia (mayúscula) de la nación. Hablamos de “visión” en los siguientes casos, cuyo *leitmotiv* es “el 2001”: la movilización popular y ciudadana, saqueos, cacerolazos, porque literalmente todos ellos dan testimonio de lo que “vieron” al narrar una experiencia de la que fueron espectadores, pero en alguna medida también testigos y parte. Se trata de ver y entrar en conflicto, ver y empezar a interesarse, ver y sentirse interpelados por una identidad y una historia que se resignifican a la luz de lo que acontece y que habilitan su primera entrada al escenario social fuera del ámbito cercano.

En esta línea, Julia nos cuenta cómo esta salida del hogar implica para ella la ruptura con su mundo familiar previo y una revisión particular de su propia biografía. Ella reproduce también una de las modalidades emblemáticas –aunque no la única– que ha tenido en Argentina la re-identificación nacional posterior a la dictadura y que surge de un profundo extrañamiento colectivo de aspectos intramitables del pasado común. Esta modalidad conjura lo ominoso –definido por Freud precisamente como “lo familiar que se vuelve ajeno”– a través de diferentes puestas en forma de la comunidad, que

componen precisamente la epifanía: son ámbitos donde “la verdad” ocultada se descubre, tras lo que se representa como la no-experiencia, la visión velada, la sustracción o el secuestro de la conciencia y la capacidad de acción de las personas durante la dictadura. De modo que lo que une a los miembros de esta comunidad reconfigurada es la complicidad en el mutuo reconocimiento de su táctica inocencia. Se interpelan entre sí como aquellos que no sabían, no veían, ni podían imaginar el ominoso secreto porque –al igual que Julia– recibían versiones engañosas (de modo tal que ellos también podrían sentirse “chupados” por la represión, y considerarse víctimas que “despiertan” ante este llamado de la verdad).

La epifanía expresa entonces el momento culminante de ese reencuentro, en el cual se resignifica pero también se justifica el silencio de la sociedad frente a los crímenes de la represión, como si recién al caer la dictadura se develaran y revelaran. En suma: la epifanía se postula como un acontecimiento, donde irrumpe lo social pero bajo la promesa de una comunidad plena, donde la aparición de los desaparecidos equivale a la reaparición “de todos los que estábamos ahí” (vivos y muertos).

Pasemos ahora a la aventura iniciática configurada para Nora por “el 2001”, que la coloca en situación de testigo de la historia. Ella mira tras la ventana del hogar lo que se manifiesta en las calles y se siente de repente cercana al “otro lado”. Claro que es en la reconstrucción de la memoria y no en la experiencia misma donde la entrevistada se hace cargo de su deseo de traspasar el vidrio, y donde se distancia de lo familiar tensando el vínculo pero sin romperlo, para identificarse con la “gente”, e incluso con “el pueblo”. Pudimos ver cómo, pese a la presión del mandato moral, ella logra por momentos en su relato atravesar el espejo muy brevemente y ese momento se configura precisamente como su epifanía.

A partir de allí la identidad personal y la identidad nacional se funden en la subjetividad de Nora,

representan un mismo destino, que coincide, como tal, con un mismo origen. Y esa es la razón por la cual “el 2001” le “hace más recordar”: porque es lo que estaba cubierto y queda puesto al descubierto. Frente a ello, justifica en su discurso el deseo y la necesidad de actuar e intervenir; “porque siento que si nosotros nos unimos, si todos tiramos para un mismo lado, se pueden hacer cosas”. Pero la potencia política contenida en su discurso no termina de desplegarse, bajo la presión del imperativo moral –“ repito, hubo cosas que no estuvieron bien, pero bueno”–. Por eso hay una suerte de “deseo de argentinidad” que no se realiza y deviene en sentimiento de argentinidad, desplazándose desde el cuerpo al plano de lo sentimental. De este modo el “hacer” queda restringido al “ser/estar”; transformada la pasión en lealtad, se materializa en una acción inhibida: quedarse y no irse (a España).

Leo, nuestro segundo entrevistado, va limitando a lo largo del relato la amplitud de su visión iniciática de “el 2001”, pero aun así sigue componiendo una epifanía, que termina ofreciendo una alternativa de desobediencia al “poder”. Eso no es poco si tenemos en cuenta que “un mecanismo clave que opera en todo proceso genocida lo constituyen las relaciones de conformidad y obediencia” (Dussel y Pereyra, 2006: 273). El cacerolazo parece significar para él la posibilidad de imaginar otro desenlace, diferente al de las “cosas que pasaron”, rehabilitando alguna chance de cambio social (que llama “reclamo” o “defensa”). Es cierto también que lo hace en una clave de desobediencia restringidamente cívica y no política, circunscripta a “imponer a veces lo nuestro”. Pero la “ventaja” que ofrece –decimos ventaja y no virtud– es que no aparece como directamente relacionada con “las cosas que pasaron” y, por lo tanto, esquiva los temores despertados por un pasado de horror aún indecible.

Finalmente, Martín construye una epifanía singular, porque la verdad externamente develada se presenta para él como una confirmación fáctica de

su verdad internamente revelada, intuida en soledad desde antes y contra “todo el mundo”. De modo tal que la epifanía de Martín se proyecta como el ascenso del héroe solitario y el descubrimiento de la verdad: “los políticos son un desastre”, cuyo conocimiento habilita –cacerolazo mediante– la posibilidad de proyectar una supuesta Argentina “sana y moral”, sin políticos (que se equipara a: sin culpables), que sea bien reconocida por “todo el mundo” y que tire para arriba.

6. Conclusiones

Las epifanías vitales que nos han relatado los jóvenes ponen en forma una suerte de re-subjetivación auto-consciente de la identidad nacional, en la que responden de modo explícito a la interpelación de la argentinidad, la confirman y la re-encarnan. Ahora bien: esa interpelación opera como un llamado interno que, en primer lugar, los vuelca al pasado: es un salto identitario pero hacia atrás, hacia adentro del tiempo. Se produce una ruptura pero no con el pasado integral, sino con el pasado reciente y con el presente, que no los desliza directamente al futuro sino al deseo de explorar el pasado lejano –la historia– en búsqueda de enclaves identitarios.

En segundo lugar, destacamos que la epifanía rasga el velo del presente y desoculta lo que es percibido como la verdad, cuya apropiación le demandó a cada uno de nuestros entrevistados una travesía singular: un atravesar y ser atravesado por el pasado común (aún para Julia, aparentemente pasiva, asaltada por la aparición de lo desaparecido), que es sentida como una crisis transformadora.

En tercer lugar, encontramos que los jóvenes muestran una clara disposición a realizar esta travesía, pero también serias dificultades para lograrlo. La primera de ellas era previsible y refiere a un déficit de las herramientas cognitivas y disciplinares disponibles para acceder a la comprensión histórica de

ese pasado, que requiere ser abordado con categorías propias, a los fines de integrar la complejidad histórica (evitando especialmente el presentismo, el localismo y el reduccionismo). Este tipo de dificultad, además de estar ligada a la problemática propia del desarrollo cognitivo del pensamiento histórico, nos refiere al contexto sociocultural más amplio en que se inserta nuestro estudio, atravesado por tensiones cada vez más fuertes entre la historia y la memoria. En relación con ello debemos hablar de otro tipo de conflicto que –aunque se enmarca en una problemática de orden global pensada en gran parte con los términos del debate disciplinar de las memorias sociales y los usos políticos, correctos o incorrectos, de la historia– se vincula con los procesos locales de gestión de la historia y la memoria y de la recuperación del proyecto nacional en clave refundacional.

En tal sentido, encontramos que ciertos hechos y significados estratégicos para la representación del pasado reciente no pueden atravesar aún el registro de lo real y permanecen indecibles, inabordables: componen “las cosas” y finalmente “La Cosa” que no puede enunciarse. A diferencia de los “tópicos tabú” (Wallace, 1996), que designan aquello de lo que no se habla en la gestión de la memoria estadounidense, en nuestro caso se trata de aquello de lo que sí se habla, incluso en abundancia, pero de lo que no puede decirse nada: no hay un interdicto sino un hiperdicto, un exceso de habla que silencia, que performa la impotencia frente a “La Cosa” en cuestión.

En cuarto lugar, se produce una interpretación errónea de la relación entre política y ciudadanía, que desintegra su solidaridad constitutiva y los convierte en conceptos antagónicos. De acuerdo con ella, “antes” estábamos en una era política, donde “había códigos” sociales pero también un gobierno militar e inseguridad política y el mandato moral era “no meterse”. Ahora, en cambio, estaríamos en la era ciudadana, donde hay inseguridad social pero

también un gobierno democrático y el mandato moral es reclamar sin meterse.

Creemos importante enfatizar que el error de perspectiva histórico contenido en este razonamiento permite deslizarse una idea muy presente en “nuestra corroída sociedad post-dictatorial” (Kaufman, 2005b): la de que las víctimas de la delincuencia, de catástrofes o incluso de accidentes, pueden ser homologadas a las víctimas de la violencia de estado. El resultado de semejante indiscriminación –incluso para los casos donde hubiera una innegable responsabilidad y hasta eventuales culpas de funcionarios del estado, sea por corrupción o por negligencia en el cumplimiento de la ley– es la liquidación de los agentes sociales a través de una operación moral que disuelve a un mismo tiempo la especificidad histórica en que se fundaron en el pasado y el sentido político que detentan en el presente.

En quinto lugar, encontramos que precisamente estas zonas bloqueadas de la comprensión histórica y social, configuran aquello que la visión les muestra y les permite ver, (aunque no mirar) a los jóvenes. Se hace visible, por ejemplo, la dimensión vedada de lo popular subalterno de los grandes relatos nacionales, fenómeno al que Virno (2004) se refiere como la “revancha de la multitud”. La “gente” y “el pueblo” son descriptos en las narrativas de los jóvenes como el otro lado, y la calle misma aparece como un espacio ajeno y extraño, pero cuya potencia se presentía latente ya en “las cosas”, “los desaparecidos”, “el otro lado de la gente”.

En suma: la epifanía compone una visión reveladora que persiste en la retina, que no puede ser olvidada, que permanece junto a “todos los que estábamos ahí” (como decía Julia, tras la “llegada” de las columnas en la marcha, refiriéndose a los presentes y a los “aparecidos”). Pero aunque para cada uno de los entrevistados su experiencia significa un vívido acercamiento al pasado común y a lo social, no podemos decir que la visión llegue a conformar una genuina mirada, es decir: que

vertebre significativamente la interpretación del pasado con el presente y habilite una proyección política del futuro⁹.

Por mi parte, estoy convencida de que toda restricción de la capacidad de comprensión histórica implica a su vez una restricción de la capacidad política, porque limita la posibilidad de convertirse en agente del mundo social y de ir más allá del "vuelco" identitario, porque inhibe la posibilidad de dar y poner cuerpo a acciones colectivas más allá del deseo y la voluntad. Por eso creo que nuestro principal desafío como investigadores o como educadores consistirá en restituir al pensamiento y a los proyectos sociales la dimensión política transformadora que demanda, hoy más que nunca, la construcción de un nuevo humanismo histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- BERGER, John. *Modos de ver*, Gustavo Gilli, Barcelona, 1984.
- BERSUIT VERGARABAT. "La argentinidad al palo", en *La argentinidad al palo*, Estudios del cielito, Buenos Aires, 2004.
- CARRERAS ARES, Juan José y Forcadell Álvarez, Carlos (editores). *Usos públicos de la historia*, Marcial Pons, Madrid, 2003.
- CARRETERO, Mario. *Introducción a la psicología cognitiva*, Aique, Buenos Aires, 1997.
- CARRETERO, Mario y Kriger, Miriam (2006a). "La usina de la patria y la mente de los alumnos. Un estudio sobre las representaciones de las efemérides escolares argentinas", en CARRETERO, Mario; Rosa, Alberto y González, Fernanda (compiladores). *Enseñanza de la Historia y memoria colectiva*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- CLAUSEN, John (1996). "Gender, contexts and turning points in adults' lives", en MOEN, Ph.; Elder, G y Luscher, Kurt. *Examining lives in context*, American Psychological Association, Washington, 1996.

- DUSCHATZKY, Silvia y Corea, Cristina. *Chicos en Banda: Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós, Buenos Aires, 2000.
- DUSSEL, Inés. "La escuela y la crisis de las ilusiones", en DUSSEL, I. y Finocchio, S (editores). *Enseñar Hoy. Una introducción a la escuela en tiempos de crisis*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.
- DUSSEL, Inés y Pereyra, Ana. "Notas sobre la transmisión escolar del pasado reciente de la Argentina", en CARRETERO, M.; Rosa, A. y González, M. F. *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- JAY, Martín (1993). *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Paidós, Buenos Aires, 2003.
- KORNBLIT, Analía L. (coordinadora). *Metodologías cualitativas en Ciencias Sociales*, Biblos, Buenos Aires, 2004.
- KRIGER, Miriam. "Historia, Identidad y Proyecto en la Argentina post-2001: Las representaciones de los jóvenes sobre la política y la ciudadanía", en *Clío & Asociados. La Historia Enseñada* N° XII, UNL Ediciones, Santa Fe, 2008.
- LORENZ, Federico (2004). "Tomá la vos, dámela a mí. La noche de los lápices: el deber de memoria y las escuelas", en JELIN, Elizabeth y Lorenz, Federico (compiladores). *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.
- ————. "El pasado reciente en la Argentina: las difíciles relaciones entre transmisión, educación y memoria", en CARRETERO, M.; Rosa, A. y González, M. F. (editores). *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- ORTIZ, Renato (1994). *Mundialización y Cultura*, Alianza, Buenos Aires, 1997.
- RICOEUR, Paul (1999). "O passado tinha um futuro", en MORIN, E. (editor). *A religião dos saberes*, Bertrand Brasil, Rio de Janeiro, 2002.
- SACKS, Oliver (1996). "Escotoma: Una Historia de Olvido y Desprecio Científico", en SILVERS, R. (edi-

9 En suma: la epifanía compone una visión reveladora que persiste en la retina, que no puede ser olvidada, que permanece junto a "todos los que estábamos ahí" (como decía Julia, tras la "llegada" de las columnas en la marcha, refiriéndose a los presentes y a los "aparecidos"). Pero aunque para cada uno de los entrevistados su experiencia significa un vívido acercamiento al pasado común y a lo social, no podemos decir que la visión llegue a conformar una genuina mirada, es decir: que vertebre significativamente la interpretación del pasado con el presente y habilite una proyección política del futuro.

tor). *Historias de la Ciencia y el Olvido*, Siruela, Madrid, 1996.

-TIRAMONTI, Guillermina (2004). "Veinte años de democracia: acepciones y perspectivas para la democratización del sistema educativo", en NOVARO y Palermo (compiladores). *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004.

-TORRADO, Susana. *Historia de la familia en la argentina moderna 1870-2000*. De la Flor, Buenos Aires, 2003.

-VIRILIO, Paul (1990). "La máquina de la visión", en AA.VV. *Videoculturas de fin de siglo*, Cátedra, Madrid, 1990.

-WALLACE, Mike. *Mickey Mouse History and Other Essays on American Memory*, Temple University Press, Philadelphia, 1996.